

Poemas

A los Exiliados Románticos Españoles (1814-1833)

Para Antonio Hernández

Es estremecedor tocar los nombres
de aquellos que salieron de su patria
(Blanco, Arnao, Gorostiza, Toreno,
de la Rosa, Puigblanch, Galiano,
Moratín, Rivas, Arnao, los Villanueva
y tantos miserables olvidados)
sin otra condición que pesadumbre
ni otra palabra que los improperios.

Verlos correr el mundo como espías
recelosos, como locos histéricos,
como resucitados con sudario puesto,
como Lázaros sin hermanas ni allegados
que frotaran su herida con ungüentos.
Seguirlos por el rastro de sus obras,
de sus desdichas y sus melancolías
cada vez más punzantes y desarboladas
a medida que todo se les desvanece
y la esperanza se les vuelve rara.

Y —contra toda convicción— añoran
el mundo que antes maldecían:

la barbarie taurina, el torcido aquelarre,
el juego de las tablas y los zancos
y la gallina ciega y el machacón fandango.
La patria antes odiosa, ahora evocada
con un fragor de duelo entre los sueños
como un veneno dulce que no hiere.

No murmuran su nombre, lo reclaman.
No solicitan regresar, lo exigen.
No piden libertad, sino la ejercen
en la perpetua sed de su naufragio.
Y como huérfanos tantean ciegamente
las paredes vacías de su estancia.
El ceño recuperan con el tiempo
y el rictus desdeñoso de los labios
al verse ajenos a los secos caminos,
en reinos de la lluvia y de la niebla,
buscando que la luz les dé en la frente
como un estigma propio de su raza.

Dondequiera que van, son españoles.
Lo saben porque gustan hacia dentro
la sangre que se muele lentamente
con una lengua blanda
en la boca sedienta y malograda.

Envejecemos juntos

A «Sufi»

¿Y qué decir de aquel valor atolondrado
que disputaba al viento el presente, el pasado,
la misma libertad?

Las lejanas hogueras brillando en los parajes
en tanto que tú y yo, solitarios, resurgimos
como lobos hambrientos tras los verdes ramajes
con rugir de metal.

A lo lejos el ansia de los montes azules,
los roquedales cárdenos bajo la tarde gris,

los palomos pintados sobre un campo de gules
en búsqueda de amor.

Envejecemos juntos y juntos proseguimos
con esta bárbara costumbre de sobrevivir,
contra el viento de frente o el halago o los mimos
o la flecha del sol.

Pasaron ya los tiempos de saltarse las zarzas,
de vadear los ríos entre guijarros deslumbrantes,
de evitar la amenaza de abejas o de garzas
en pascual procesión.

En tu crin portentosa te ha salido una cana
y se une a las mías con la misma vejez.
Caballo hermoso y mío, tu cabeza es humana.
También tu corazón.

Somos, como el centauro, sólo un cuerpo de amigos,
un cuerpo prodigioso ensamblado hasta su fin.
Envejecemos juntos entre mieses y trigos,
con la misma dulzura que la flor del jardín.

Lo invisible

A José Hierro

Todo, pues, pereció para mí; ya no tengo ni bienes, ni libros, ni hogar y ni siquiera tengo patria, que tal nombre no quiero dar a una pequeña porción del país donde ni se defiende con rabia ni furor la libertad, ni con justicia y gratitud el honor y el decoro de los que tanto han trabajado por ella (**Jovellanos** en carta a lord Holland).

En el castillo de Bellver los muros
cierran la vista al horizonte,
impiden la mirada de los huertos,
niegan la luz externa y jubilosa,
pero dejan oír las lentas vueltas
de los molinos de viento más cercanos:
la existencia del aire y de la vida.

Tras el rastrillo de anchos goznes,
en el húmedo sótano encerrado,
el prisionero escucha ese sonido
del aire. Ha contado los días,
las semanas, los meses y los años.
No cree equivocarse: es ya febrero.
La sexta vez que febrero transcurre
sin ver el mar, el día con su luz,
las infinitas noches estrelladas.

No siente la nostalgia
de las antiguas fiestas palaciegas
donde se le invitaba entre prelados
y necios caballeros de gran gala.

Abomina de fiestas y de paños
brocados, de sedas y de oros, cirios
y antorchas, vajillas y aguamaniles
perfumados. No es hombre para fiestas
ni licenciosos vicios de la corte.
Y los conoce todos. Fue Ministro.
Tuvo que redactar aquel informe
sobre el «Origen en España
de los espectáculos y diversiones
públicas». Qué necedad los toros.
Qué estupidez torneos, romerías,
juegos escénicos y partidas de caza...

Pero es febrero.
En la colina del castillo acaso
estén en flor ya los almendros.

Con el viento, movidos, remecidos,
son los almendros la última nevada.
Son sembrado de copos por los campos;
son una luz más viva que la plata;
son un caudal de soles diminutos.
Febrero ya, una vez más febrero.
Los días del milagro, las mañanas
más hermosas del mundo, el renacer

del aire y los perfumes de la flor
dejándose sentir a los insectos,
la tierra resurgiendo de su lápida.
La chispa de un incendio imprevisible.

Y en medio de ese aroma, de ese olor
a incontrastable movimiento, ellos
vistiéndose una capa rosa y blanca
de infinita pujanza contra el frío.
¡Cuánta consolación si los mirase!

Alienta lo invisible la esperanza
de redención: no por los bienes o el poder
o por las tierras que otro tiempo tuvo.
No añora su pasado el hombre sabio,
nada le duele ni de nada se queja.
Vendrá algún día y tal vez lo recuerden
amigos poderosos y regrese a Palacio.
Se inclinará ante un nuevo soberano,
un nuevo rey, quizá un emperador.
Sonreirá de un modo imperceptible
mientras se inclina ante la vanidad,
porque no hay rey ni príncipe en la tierra
que, aun adornado de cetro y de corona,
envuelto entre su manto de oros y armiños,
consiga gloria capaz de aventajar
la limpia majestad de un solo almendro.

Pedro J. de la Peña

La balsa de la Medusa

Número 35

1995

REVISTA TRIMESTRAL

J. A. Ramírez, *El asunto de la dama falsa*. S. Wittenberg, *La mirada que pinta*. M.^a T. López de la Vieja, *La imagen reflexionante*. E. Fernández G., *El otro que nos habita*. P. Fabra, *En torno a la racionalidad comunicativa y sus presupuestos lingüísticos*. M.^a Elena Bravo, *La Revolución de 1868 y el feminismo español*. M. Foucault, *Pierre Boulez: A pantalla través*. C. Thiebaut, *La argumentación bien temperada*. C. Pereda, *Vértigos argumentales, pasiones y audacias*. J. Herrera, *La fotografía desde la historia del arte*. F. Castanedo, *La ficción más consagrada*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.